

Jacques Lacan

**Seminario 6
1958-1959**

EL DESEO Y SU INTERPRETACIÓN

(Versión Crítica)

25

Miércoles 17 de JUNIO de 1959¹

¹ Para los criterios que rigieron la confección de la presente *Versión Crítica*, consultar nuestro **Prefacio**: «Sobre una *Versión Crítica* del Seminario 6 de Jacques Lacan, *Le désir et son interprétation*, y nuestra traducción». Para las abreviaturas que remiten a los diferentes textos-fuente de esta *Versión Crítica*, véase, al final de esta clase, nuestra nota sobre las **FUENTES PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESTA 25ª SESIÓN DEL SEMINARIO**.

**En el Anfiteatro de la Facultad de Medicina
Pabellón Benjamín Ball**

Hay algo instructivo, no diré hasta en los errores, pero incluso sobre todo en los errores — o en las errancias, si quieren... Ustedes me ven utilizar constantemente las vacilaciones mismas, hasta los impases, que se manifiestan en la teoría analítica, como siendo por sí mismos reveladores de una estructura de la realidad de la cual nos ocupamos.

A este respecto, está claro que hay algo interesante, destacable, significativo para nosotros, en algunos trabajos no tan antiguos, puesto que éste, por ejemplo, al cual me referiré es de 1956 (número de julio-octubre del *International Journal of Psycho-analysis*, volumen 37). Es un artículo, creo, de algunos de nuestros colegas parisinos; no designaré sus nombres, puesto que no es su posición en tanto que personal lo que es así considerado.²

Es un esfuerzo por poner a punto el sentido de la perversión. Y está claro que en este artículo extremadamente, curiosamente, reservado en sus conclusiones, no resulta verdaderamente más que esta conclusión formalmente articulada: “No hay, por consiguiente, ningún contenido inconsciente específico en las perversiones sexuales puesto que los mismos hallazgos pueden ser reconocidos en los casos de las neurosis y de las psicosis”.³

Hay ahí algo bastante sorprendente, que todo el artículo ilustra — y no se puede decir de una manera que sea absolutamente convincente, pues, sin siquiera tener necesidad de tomar un retroceso muy grande, nos damos cuenta de que todo el artículo parte de una confu-

² S. NACHT, R. DIATKINE y J. FOUREAU, «Le moi dans la relation perverse», XIXº Congreso Internacional de Psicoanálisis, Ginebra, 24-28 de julio de 1955, en *Revue française de psychanalyse*, 1956, Paris, P.U.F., pp. 458-523.

³ *Op. cit.*, pp. 471-472.

sión verdaderamente constantemente mantenida entre “fantasma perverso” y “perversión”.

Del hecho que hay fantasmas concientes e inconscientes que se recubren, que los fantasmas se manifiestan, con la apariencia de recurrirse en las neurosis y en las perversiones, se concluye de ello, con esta asombrosa soltura, ¡que no hay diferencia fundamental, desde el punto de vista del inconsciente, entre neurosis y perversión!

Hay ahí una de las cosas más asombrosas donde ciertas reflexiones que, ellas mismas, se presentan sin precauciones, arriesgan un abordaje bastante libre de la tradición analítica y se presentan como una suerte de revisión de los valores y de los principios.

La única conclusión, finalmente, en la cual nos detenemos al fin de cuentas, es que es una relación en suma anormal que, en la perversión, está erotizada.

No es por lo tanto de una relación con el objeto que se trata, sino más bien de una valorización de una relación por razones económicas, y como tal erótica — lo que, de todos modos, tras un examen un poco racional, al retomar la lectura, no puede aparecer verdaderamente otra cosa que como alguna causa de “la virtud dormitiva”.⁴ Eso corresponde al objeto, ¡que esté erotizada, ¡no es dudoso!

De hecho, es precisamente de esta cuestión de la relación del fantasma y la perversión que nos vemos conducidos a ocuparnos hoy, a continuación de lo que hemos aproximado la última vez, a saber: hemos comenzado a indicar los términos más generales de la relación del fantasma con la neurosis.

Una palabrita de historia: lo que pasó en el análisis — y es importante recordarlo aquí y, diría, a la luz de nuestro progreso, puede ser ceñido de una manera más rigurosa — es esencialmente esto: es que en suma muy poco tiempo después de haber articulado las funciones del inconsciente, esto en todo especialmente a propósito de la histeria, de las neurosis y del sueño, Freud se vió llevado a postular la

⁴ Cf. MOLIÈRE, *El enfermo imaginario*.

presencia en el inconsciente de lo que llamó “tendencias perversas polimorfas”, *polymorph- perverse Anlagen*.

Es de ahí y es ahí, durante cierto tiempo — ¡muy superado ahora, desde luego! — que nos quedamos al respecto. Y lo que parece que se haya fallado al articular, es que aquello de lo que se trata, esta noción de “tendencia perversa polimorfa”, no es nada más que esto: es que él descubrió la estructura de los fantasmas inconscientes.

La estructura de los fantasmas inconscientes se parecía al modo relacional que se despliega, que se expone a los ojos de todos, que se demuestra en las perversiones; y así, la noción en el inconsciente de la “tendencia perversa polimorfa” fue postulada al comienzo.

Al fin de cuentas, esto se puede decir, eso resultaba del hecho de que la forma de esos fantasmas inconscientes recubre ¿qué? — lo que es una parte de la perversión, lo que se presenta a nosotros en la perversión bajo el aspecto siguiente, que podemos tratar de articular, a saber: algo que ocupa el campo imaginativo, el deseo, aquel que constituye el deseo del perverso; y algo que, en suma, el perverso pone en escena, ese algo como lo cual eso se presenta en su aspecto patente en clínica, es algo que para nosotros, con lo que conocemos, con la relación que hemos hecho de estos fantasmas con la historia del sujeto, ahí donde logramos ligarlo, si ustedes quieren, a esta historia, es en suma que el fantasma del perverso se presenta como algo que se podría llamar una secuencia, quiero decir, como se podría llamarlo en un *movie*, en un filme cinematográfico, entiendo una secuencia cortada del desarrollo del drama, algo como se ve aparecer bajo el nombre — no estoy seguro del término — de *rush*, ese elemento que en los avances cinematográficos nos aparece en la pantalla como siendo esas pocas imágenes iluminadas que están hechas para excitar nuestro apetito de volver la semana próxima para ver el filme, precisamente, que es así anunciado. Lo que tienen de seductor estas imágenes se sostiene precisamente, en efecto, en su aspecto de desinserción de la cadena, de ruptura por relación al tema. Y es precisamente de algo de este orden que se trata en el fantasma del perverso. Esto, nosotros lo sabemos en tanto que el análisis nos ha enseñado a verlo. Es en efecto algo que, hasta un cierto grado, resituado en su contexto, en su secuencia dramática, la del pasado del sujeto, puede a diferentes grados, incluso al

precio de algunas modificaciones, retoques, transformaciones al revés, volver a tomar su lugar y su sentido.

Igualmente, esta relación que el fantasma del perverso tiene con su deseo, no es sin motivo... Quiero decir, está justamente en el relieve de lo que ya nosotros, en nuestra formulación, hemos ya situado del valor, de la posición del deseo por relación al sujeto, quiero decir, ese más allá de lo nombrable, ese más allá del sujeto en el cual se sitúa este deseo. Eso es, lo digo retrospectivamente y al pasar, es algo que nos explica la cualidad propia de la que el fantasma se reviste cuando se confiesa, sea o no el del perverso, a saber: esa suerte de molestia que es preciso nombrar justamente en su punta, aquella que efectivamente retiene mucho tiempo, a menudo, a los sujetos de entregarlo, a saber: esa faz ridícula, que no se explica, no se comprende más que si ya hemos podido percibir las relaciones que hemos establecido entre el deseo en su posición propia y el campo, el dominio de la comedia. Esto no es más que un recuerdo.

Y habiendo recordado esta posición, esta función del fantasma especialmente a propósito del perverso, y los problemas que están por lo tanto planteados inmediatamente de saber cuál era su naturaleza real, si era de una naturaleza de alguna manera radical, natural, si era un término último, esta naturaleza del fantasma perverso, o bien si era preciso ver en él otras cosas, algo tan complejo, tan elaborado, para decir todo, tan significativo como el síntoma neurótico.

Ahí está precisamente por qué toda una elaboración que se ha hecho, se ha integrado al problema de la perversidad, y que ha tomado una parte esencial en la elaboración de lo que se llama la “relación de objeto” o de la relación con el objeto, como debiendo ser definida de una manera evolutiva, de una manera genética: como regulando los estadios, las fases del desarrollo del sujeto, *no simplemente como “momentalidades” del Eros del sujeto, [.....], por lo tanto sexuales*⁵, fases erógenas del sujeto, sino modos de una relación con el mundo que cada una de estas fases define.

⁵ *no simplemente en función del Eros del sujeto, (...), por lo tanto sexuales* / *(el hombre) (como) (“*momentalités*”) por lo tanto sensual (...)*

Es a partir de ahí que se han hecho, tanto por Abraham como por Ferenczi como por otros, no tengo necesidad de recordarles aquí sus iniciadores, que se han hecho esos cuadros llamados de las “fases correlativas” [*gleicher Höhe verzeichneten Stadien*] llamadas por una parte “reservorios de tendencias” [*Organisationsstufen der Libido*], “formas libidinales del ego” por otra parte. En esta forma de la libido, esta estructura del ego parecía responder y especificar a un tipo de relación especial con la realidad.⁶

Ustedes saben lo que, por una parte, esta especie de elaboración aportó de claridad, incluso de enriquecimiento, lo que pudo por otra parte plantear como problemas. Basta con remitirse al menor de los trabajos — por lo menos de los trabajos concretos que tratan efectivamente de articular a propósito de un caso preciso, de una forma precisa, de reencontrar las correspondencias, establecidas siempre de una manera un poco teórica — para percatarse de que el problema es algunas veces por sí mismo, en su desarrollo, sugestivo de algo, de una estimación que le falta.

Les recuerdo por lo tanto que es a eso, a ese término: “investigación del conjunto de la relación del objeto” que nosotros nos referimos, es eso que decimos, es eso que yo designo cuando se trata por ejemplo de oposición como tal entre “objeto parcial” y “objeto total”, que aparece bajo una forma elaborada, a nuestro parecer inapropiada, en las elaboraciones más recientes, por ejemplo aquella de la famosa noción de “distancia con el objeto”, tan dominante en trabajos, reglas técnicas a las cuales muchas veces he hecho alusión aquí, esa noción de “distancia con el objeto” tal que un autor francés en particular quiere hacer decisiva en la relación de la neurosis obsesiva,⁷ como si no fuese evidente — ¡y mucho más evidente todavía! — que, por ejemplo, esta noción de “distancia” juega un papel decisivo cuando se quiere simplemente tratar de articular ciertas posiciones perversas, la del fetichismo, por ejemplo, donde la distancia de un objeto es mucho

⁶ Para mayor claridad, el lector interesado debe remitirse al texto original de Karl ABRAHAM, «Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales» (1924), *cf.* Parte II. Orígenes y desarrollos del amor objetivo, en *Psicoanálisis Clínico*, Ediciones Hormé, Buenos Aires, 1980.

⁷ Maurice BOUVET, «Les variations de la technique (distance et variations)», *Revue Française de Psychanalyse*, XXII, 1958, n° 2, pp. 145-189.

más evidentemente manifestada por la fenomenología misma del fetichismo.

Muchas otras formas son evidentemente articulables en este sentido, y la primera de las verdades que tendremos que aportar al respecto es que seguramente esta noción de “distancia” es incluso tan esencial que después de todo, quizá, es ineliminable como tal del deseo mismo, quiero decir necesaria para el mantenimiento, para el sostén, para la salvaguarda misma de la dimensión del deseo. Basta en efecto considerar que si algo puede responder finalmente al mito de una relación con el objeto sin distancia, se ve mal en efecto cómo podría sostenerse lo que es propiamente hablando el deseo.

Hay ahí algo que, les digo, tiene una forma propiamente mitológica, la de una suerte de *acuerdo*. Diría que hay dos caras, dos espejismos, dos apariencias de acuerdo — diría “animal” por un lado, se podría igualmente decir además, por otro lado, “místico”, ¿no es cierto? — con el objeto que es precisamente un resto, en el interior de la elaboración analítica, de algo que no coincide de ningún modo con los datos de la experiencia. También, por otra parte, lo que está indicado en la técnica analítica como debiendo corregir, rectificar esa pretendida “mala distancia mantenida con el objeto” del obsesivo, cualquiera sabe de la manera más clara que esto está indicado como debiendo ser superado *hic et nunc* en la relación analítica, y esto por medio de una identificación ideal, incluso idealizante con el analista considerado él mismo, en este caso, como, no el objeto, sino ¡el prototipo de una relación satisfactoria con el objeto!

Tendremos que volver a aquello a lo cual puede corresponder exactamente tal ideal en tanto que es realizado en el análisis. Ya lo he abordado, pero tendremos quizá que situarlo, que articularlo de manera diferente en seguida.

En efecto, estos problemas han sido abordados de una manera mucho más ceñida y mucho más seria, siempre en la misma vía, en otros contextos, en otros grupos, y yo situaré, como ya se los he indicado aquí, en primera fila las articulaciones de Edward Glover. Les recuerdo el lugar del artículo que ya he citado, en el volumen XIV del *International Journal of Psycho-analysis* (sección XXXIV, páginas

486-504, octubre 1933), «La Relación de la formación de la perversión con el desarrollo del sentido de la realidad».⁸

Es dentro de la preocupación que es por él proseguida en el sentido de una elaboración genética de las relaciones del sujeto con ese mundo, con la realidad que lo rodea — y de una evolución que debe ser ceñida apretadamente, tanto por la reconstrucción, por medio de los análisis de adultos como por la aprehensión directa del comportamiento del niño, tan ceñida como es posible en una perspectiva renovada por el análisis — que Glover trata de situar a estas perversiones en alguna parte por relación a una cadena: él ha ya establecido una cadena que comporta datos, si podemos decir, de inserción de las diversas anomalías psíquicas con las cuales se enfrenta el análisis, y que lo llevó a hacer una serie, cuyo orden, como de costumbre, no deja de prestarse a críticas, pero que, sin insistir más en ello, está constituida por el carácter primitivo, primordial, de las perturbaciones psicóticas, especialmente de las perturbaciones paranoides, a continuación de las cuales se suceden las diferentes formas de neurosis que se articulan, se sitúan en un orden progresivo — quiero decir de adelante hacia atrás, de los orígenes hacia lo más tardío — comenzando por la neurosis obsesiva que se encuentra por lo tanto exactamente en el límite con las formas paranoicas.

Es en tanto que él situó ahí, en alguna parte en el intervalo, en un artículo precedente que es el del volumen XIII, es decir de Julio de 1932, parte III del volumen XIII, páginas 298-328 del *International Journal of Psycho-analysis* sobre las *drug-addictions*,⁹ dicho de otro modo lo que nosotros llamamos las *toxicomanías*, que él pudo creer situar con bastante precisión las relaciones entre las formas “paranoides” y las neurosis, que él trata de situar ahí cuál puede ser la función

⁸ Edward GLOVER, «The relation of perversion-formation to the development of reality-sense», *I.J.P.* 1933, vol. XIV, pp. 486-503. Traducción francesa en *Ornicar?* n° 42, pp. 17-37. Versión castellana: «La relación entre la formación de perversión y el desarrollo del juicio de realidad», publicado como Apéndice en *Las adiciones: sus fundamentos clínicos*, de Héctor López (Buenos Aires, Editorial Lazos, 2007, pp. 161-185), traducción de Maximiliano Antonietti — he incluido esta versión como anexo de la clase 20 de mi *Versión Crítica* de este Seminario, sesión del 13 de Mayo de 1959.

⁹ «On the aetiology of drug addictions»

de las perversiones, en qué etapa, en qué fecha, en qué modo de relación del sujeto con lo real. En tanto que la forma paranoide está ligada a unos mecanismos completamente primitivos de proyección y de introyección, es en ese momento, digámoslo muy netamente, trabajando totalmente sobre el mismo plano y expresamente de acuerdo por otra parte, de una manera formulada, con Melanie Klein... — ustedes saben que él se ha hecho ruidosamente su contradictor. Es sobre este plano que él adhiere a la elaboración kleniana..., y es en tanto que un modo de relación con el objeto, muy específico de esta etapa tipo paranoide, considerado como primitivo, existe, que él sitúa, que él elabora, articula, que él comprende la función de la *drug-addiction*, de la toxicomanía.

Es con esto que se relaciona el pasaje que les he leído hace algunas sesiones,¹⁰ a saber, el pasaje donde, de una manera metafórica muy brillante, donde de un modo muy instructivo, él no vacila en comparar el mundo primitivo del niño con algo que participa “de una carnicería, de un *lavatory public* bajo un bombardeo y de una morgue combinados” — a lo cual seguramente aporta una organización más benigna la transformación de este espectáculo inicial, inaugural de la vida, la sucesión a esta etapa de una “farmacia” con sus reservas de objetos, unos benéficos, otros maléficos.

Esto por lo tanto está articulado de la manera más clara y es instructivo en tanto que nos significa en qué dirección es hecha la investigación de la función del fantasma, en la dirección de su funcionamiento como estructural, como organizador del descubrimiento, de la construcción de la realidad por el sujeto. Al respecto, no hay diferencia, en efecto, entre Glover y la Sra. Melanie Klein.

Y la Sra. Melanie Klein nos articula propiamente esto: es que en suma, los objetos son conquistados sucesivamente por el niño, en tanto — esto está articulado en el artículo «Symbol's formation and ego»¹¹ — en tanto que, a medida que los objetos están menos próxi-

¹⁰ *cf.* Clase 20 de este Seminario, sesión del 13 de Mayo de 1959.

¹¹ Melanie KLEIN, «The importance of symbol-formation in the development of the Ego» (1930). Versión castellana: «La importancia de la formación de símbolos

mos de las necesidades del niño, son aprehendidos, se cargan de la ansiedad ligada a su utilización en las relaciones agresivas, sádicas, fundamentales que son aquellas, al comienzo, del niño con su medio como consecuencia de toda frustración. Es en tanto que el sujeto desplaza su interés sobre objetos más benignos, los cuales a su vez se cargarán de la misma ansiedad, que la extensión del mundo del niño es concebida como tal. Observen lo que esto representa. Esto representa la noción de que debemos buscar en un mecanismo, en suma, que podríamos llamar “contrafóbico”, a saber: que es en tanto que los objetos tienen ante todo y primitivamente una función de “objetos contrafóbicos”, y que el objeto fóbico, si podemos decir, es buscado en otra parte, es por una extensión progresiva del mundo de los objetos en una dialéctica contrafóbica, este es el mecanismo mismo de conquista de la realidad.

Si esto corresponde o no a la clínica, es una cuestión que no está directamente aquí en el campo de nuestra mira. Creo que directamente y en la clínica, muchas cosas pueden ir en contra, que hay ahí una unilateralización, una parcialización de un mecanismo que seguramente no deja de interferir con la conquista de la realidad, pero que propiamente hablando no la constituye. Pero no es aquí nuestro objetivo criticar la teoría de Melanie Klein, puesto que es por relación a una mira muy diferente que la tomamos en consideración, es por relación a algo, una función que es el deseo.

Ahora bien, está ahí precisamente esto que inmediatamente muestra sus consecuencias, a saber que Glover desemboca en una paradoja que seguramente parece más instructiva para él que para nosotros, puesto que él no parece tener que asombrarse por ella. El desemboca en esto, es que si él trata concretamente de situar las diversas perversiones por relación a su dialéctica, a ese mecanismo tal como trata de elaborarlo, de reconstituirlo, de reintegrarlo en la noción de un desarrollo regular del *ego*, en tanto que sería paralelo a las modificaciones de la *libido*, en tanto que se le puede inscribir, para decir todo, el destino, la estructuración del sujeto, en términos de pura experiencia individual de conquista de la realidad. Todo está ahí, en efecto.

La diferencia que hay entre la teoría que yo les doy de las fobias, por ejemplo, y la que verán en tales autores franceses recientes en tanto que tratan de indicar la génesis de la fobia en unas formas estructurales de la experiencia infantil — por ejemplo de la manera por la cual el niño tiene que ordenarse por sus relaciones con aquellos que lo rodean, por el pasaje de la claridad a la obscuridad, se trata de una génesis puramente experimental, de una experiencia de temor a partir de la cual es engendrada y deducida la posibilidad de la fobia — la diferencia entre esta posición y la que yo les enseño es típicamente ésta: es decir que no hay ninguna especie de justa deducción de la fobia, sino al admitir la función, la exigencia como tal de una función del significante — la cual supone una dimensión propia que no es la de la relación del sujeto con su medio, que no es la de la relación con ninguna realidad, sino con la realidad y con la dimensión del lenguaje como tal, por el hecho de que él tiene que situarse como sujeto en el discurso, para manifestarse en él como ser, lo que es diferente.

Hay algo completamente sorprendente en lo que concierne a la apreciación de estas fobias, incluso en alguien tan perspicaz como lo es Edward Glover. El trata de explicar la génesis, la estabilización de una fobia. Cuando declara que “es seguramente más ventajoso estar provisto de una fobia al tigre, cuando se vive como un niño en las calles de Londres, que encontrar la misma fobia si viviera en el medio de la jungla india”,¹² uno puede preguntarse si no se podría replicarle que, efectivamente, no es en ese registro que se plantea el problema; es, a saber: que después de todo, se podría incluso invertir su proposición y decir que la fobia del tigre en la jungla india es por el contrario, parece, la más ventajosa para adaptar al niño a una adaptación real, pero que, por el contrario, es muy molesto sufrir de una fobia al tigre, en tanto que sabemos cuáles son sus correlativos, a saber: que aquella del niño, incluso del sujeto más avanzado ya en su desarrollo, en el momento en que es presa de una fobia, es seguramente un comportamiento de lo más molesto y que no tiene ninguna relación con lo real.

De hecho, algo se presenta que plantea a Glover su problema en estos términos: es percatarse de que la más amplia diversidad de distorsiones de la realidad es realizada en las perversiones, y se puede decir que él no puede situar, en una perspectiva genética, a la perversión

¹² Cf. *op. cit.*

más que a condición de fragmentarla, de interpolarla en todas las etapas supuestas o presupuestas del desarrollo — a saber, admitir la existencia tanto de perversiones muy arcaicas, más o menos contemporáneas de la época paranoide, hasta de la época depresiva, como de otras perversiones que se sitúan en fases muy avanzadas, incluso no solamente fálicas, sino hablando propiamente edípicas, incluso genitales, del desarrollo.

Esto no le parece una objeción por la razón siguiente: es que él termina por dar de la perversión una definición que es la siguiente: es que, en suma, la perversión es una de las formas, para él — no puede concluir en otra cosa en la perspectiva de la cual ha partido — es una de las formas del *reality testing*, de “la prueba de la realidad”. Es en tanto — según Glover — que en alguna parte, algo en la prueba de la realidad no concluye, fracasa, que la perversión viene a recubrir ese *hole*, ese *agujero* — ¿no es cierto? — por un modo particular de aprehensión de lo real como tal — de lo real que en este caso es un real psíquico, es un real proyectado y por otra parte introyectado — que es por lo tanto propiamente hablando como función de mantenimiento, preservación de una realidad que estaría amenazada en su conjunto, es en tanto que la perversión sirve, si ustedes quieren, podemos decir a la vez de zurcido, en el sentido de un tejido, en el sentido en que se dice que un tejido está zurcido, o incluso de clave de bóveda, alguna descarga, algún momento tambaleante, y algún momento amenazante que compromete el equilibrio del conjunto de la realidad para el sujeto. En resumen, no es más que, de una manera no ambigua, como forma de escape por relación a una amenaza supuesta de psicosis, que la perversión es concebida por Edward Glover.

Hay ahí una perspectiva. Quizás ciertas observaciones pueden mostrar efectivamente algo que parece ilustrarlo, pero muchos elementos nos ordenan alejarnos de ello; además esto: que parece completamente paradójal hacer de la perversión algo que tiene ese papel económico, ese papel económico que muchos elementos contradicen — sería algo que nos indica que no es ciertamente la precariedad del edificio del perverso lo que es algo que, clínicamente ni tampoco en la experiencia analítica, nos sorprende, al primer aspecto al menos.

Para indicar aquí algo, no abandonaré esta dialéctica kleniana sin hacer observar cómo la misma alcanza y aborda el problema que planteamos.

En efecto, si buscamos aquello de lo que se trata en la dialéctica kleiniana, a saber las dos etapas que ella distingue, entre la fase paranoide, luego a continuación la fase depresiva, la que está caracterizada, como ustedes saben, por relación a la primera, por la relación del sujeto con su objeto mayor y prevalente: la madre, como a un todo. Previamente, es con elementos disjuntos que se enfrenta ... **splitting** *Luego la esquizia* entre objetos buenos y malos, con todo lo que ésta va a instaurar en él *en esta fase* que es la de la proyección y de la introyección. Es así que la barrera paranoide se caracteriza.

En fin, ¿qué es lo que podemos decir dentro de nuestra perspectiva? Quiero decir: tratemos de comprender, por medio de la perspectiva en la que nosotros mismos lo articulamos, aquello de lo que se trata en este proceso.

Este proceso completamente inaugural, puesto al comienzo de la vida del sujeto, es que en suma la realidad de las primeras aprehensiones del objeto, tal como la Sra. Klein nos la muestra, provienen de esto: es que en suma el objeto es ante todo — más allá del hecho de que puede ser bueno o malo, gratificante o frustrante — es que es significativo. Pues la noción, la distinción que, si la oposición como tal es estricta, y yo diría sin matices, sin transiciones, sin percibir de ninguna manera que es el mismo objeto el que puede ser bueno o malo según las horas, a saber: la madre, que hay aquí no “experiencia” en el joven sujeto, ni todo lo que la misma puede comportar como hábitos transicionales, sino que hay oposiciones tajantes, pasaje del objeto como tal a una función de oposiciones significantes que es la base de toda la dialéctica kleniana, y de la que uno percata, me parece, demasiado poco que, por fundada que esté, está completamente en lo opuesto, en el borde opuesto, en el polo opuesto, que ella es lo contrario de ese otro elemento puesto de relieve por nuestra experiencia, a saber: la importancia de la comunicación viva, tan esencial al comienzo para el desarrollo, que se expresa, se manifiesta en la dimensión de los cuidados maternos. Hay ahí algo de otro registro, que es contemporáneo pero que no puede ser confundido, y lo que Melanie Klein nos aporta, es una suerte de álgebra primitiva, de la que se puede decir que alcanza

completamente, en efecto, lo que nosotros tratamos de poner aquí de relieve bajo el nombre de “función del significante”. Son las formas primarias, primitivas de esta función del significante como tal, las que son con o sin motivo, ya sea efectivamente presente en esa fecha o simplemente *Rück-Phantasie*, “fantasma” pero “retrospectivo”, es esto, no tenemos más que registrarlo, lo que nos describe Melanie Klein.

En consecuencia, ¿qué valor va a tomar esta fase límite entre el período paranoide con su ordenamiento de buenos objetos que son como tales interiorizados — *internalised*, dice ella — por el sujeto, y de malos que son rechazados?

¿Qué es lo que pasa? ¿Cómo podemos describir lo que sucede a partir del momento en que interviene la noción del sujeto como un todo, lo que es esencial para que el sujeto mismo se considere como teniendo un interior y un exterior? Pues, al fin de cuentas, no es más que a partir de ahí que es concebible que se manifieste, se defina el proceso de *internalización* y de *externalización*, de introyección y de proyección, que va a ser para Melanie Klein decisivo para esta estructuración del animal primitivo.

Con los puntos de referencia que son los nuestros, vemos que de lo que se trata es de algo que re-sitúa esa relación, esa esquizia — como se ha expresado ella misma — primitiva de los objetos en *buenos* y en *malos* por relación a este otro registro del *adentro* y del *afuera* del sujeto. Algo, que yo creo, podemos, sin exceso de sollicitación por relación a las perspectivas klenianas, que podemos relacionar con el momento llamado del *estadio del espejo*, es en tanto que *la imagen del otro* da al sujeto esa forma de la unidad del otro como tal, que puede establecerse en alguna parte esta división del *adentro* y del *afuera*, o por relación a la cual van a reclasificarse los *buenos* y los *malos* objetos — los buenos en tanto que deben venir al interior, los malos en tanto que deben quedar en el exterior.

¡Y bien! lo que llega aquí a definirse de la manera más clara — porque impuesta por la experiencia — es lo mismo que lo que nosotros podríamos decir en nuestro propio discurso, esto es, a saber: que el discurso que organiza realmente el mundo de los objetos — yo diría según el ser del sujeto, al comienzo — desborda aquel donde el sujeto mismo se reconoce en la experiencia narcisista, la experiencia llamada

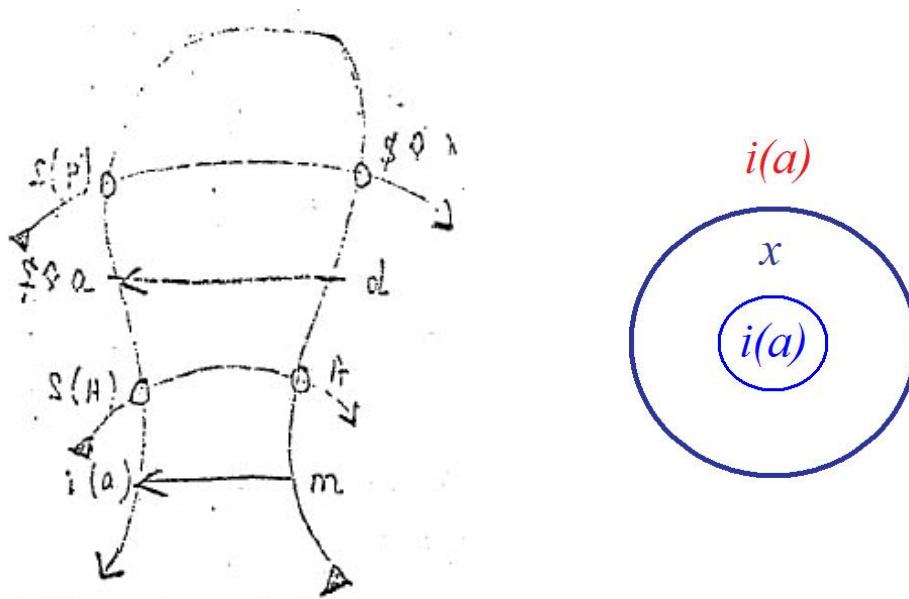
del *estadio del espejo*, a saber: donde él se reconoce como dominio y como “yo” {*moi*} único, donde él se reconoce por lo tanto en una relación de identificación narcisista de una imagen en el otro, donde él se reconoce como dominio de un “yo” {*moi*}.

Es en tanto que algo que lo define en una primera identificación — en la que está expresada aquí,¹³ en el nivel de la primera identificación con la madre, como objeto de la primera identificación a *las insignias de la madre* — es en tanto que esto conserva para el sujeto un valor asimilador que desborda lo que va a poder meter en el interior de sí mismo, en tanto que este interior está definido por sus primeras experiencias de dominio, de prestancia, en tanto que él es “*i*” del otro {“*i*” de *l’autre*} — *i(a)* — “*i*” típicamente e idealmente de ese joven semejante, con el cual lo vemos de la manera más clara hacer sus experiencias de dominio, es en tanto que lo que se relaciona [...], es en tanto que las dos experiencias no se recubren que — no lo digo yo: toda la experiencia del desarrollo se ordena — necesariamente, debemos admitir esto para comprender de qué se trata en lo que nos describe Melanie Klein.¹⁴

En efecto, lo que define esta diferencia, este campo *x* donde *i(a)* que, a la vez, forma parte del sujeto y al mismo tiempo no forma parte de ese sujeto, ¿qué es? — Es ese objeto por cuya paradoja uno no parece asombrarse a partir de las premisas que postula Melanie Klein, es lo que ella llama el “mal objeto interno”. El “mal objeto interno” se presenta para nosotros de entrada en la dialéctica kleiniana, de la manera más manifiesta, como el objeto problemático, en el sentido de que, *visto* — si podemos decir — *desde el exterior*, ahí donde el sujeto no es sujeto pero donde debemos tomarlo como un ser real, podemos preguntarnos: ¿ese mal objeto con el cuál presuntamente el sujeto se identifica, el sujeto, al fin de cuentas... ¿lo es o no lo es?

¹³ En este punto **GAO** y **ALI** remiten al esquema de la lección del 4 de junio de 1958 en el Seminario *Las formaciones del inconsciente*, **GAO** añade que Lacan pasa a dar explicaciones en el pizarrón (*cf.* página siguiente, esquema de la izquierda).

¹⁴ En este punto **ALI** y **STF** insertan la figura que reproduzco en el esquema de la derecha de la página siguiente.



Inversamente, *visto desde el interior*, desde el punto de vista de la $\kappa\rho\alpha\tau\iota\alpha$ {*crasia*}, del dominio, del primer ejercicio del sujeto por sostenerse, por afirmarse, por contenerse, debemos preguntarnos si, ese mal objeto cuyo papel absolutamente decisivo a partir de ahí sabemos, el sujeto *lo tiene* o *no lo tiene*. La cuestión que se plantea, es: *¿lo tiene o no lo tiene?*

Pues si hemos definido buenos y malos objetos como determinando el proceso de estructuración por el cual el sujeto interioriza los buenos objetos y hace que formen primitivamente parte de sí mismo, y rechaza los malos como siendo lo que no es él, todo el resto, la paradoja del mal objeto interiorizado aparece en el primer plano. ¿Qué significa esta zona del primer objeto en tanto que el sujeto lo interioriza, que él lo hace a la vez suyo y que de alguna manera, como malo virtualmente, lo deniega?

Es claro que aquí la función ulterior de lo prohibido/interdicto {*l'interdit*} es justamente lo que tiene el valor delineador, gracias a lo cual el mal objeto cesa de proponerse como especie de enigma permanente, de enigma ansiógeno por relación al ser del sujeto. Lo prohibido/interdicto es precisamente lo que introduce, en el interior de esta función problemática del mal objeto, esta delineación esencial. Es esto lo que constituye su función de interdicto — es que *si él lo es*, ese mal objeto, *él no lo tiene*; en tanto que *él lo es*, identificado, está prohibido

{*défendu*} que él “lo tenga” {*l’ait*} — la eufonía francesa entre el subjuntivo del verbo *avoir* {“haber”, “tener”} y el indicativo del verbo *être* {“ser” o “estar”} ¡es para utilizarla!¹⁵ Dicho de otro modo: en tanto que él lo es {*il l’est*}, él no lo tiene {*il ne l’a pas*}, en tanto que él lo tiene {*il l’a*}, él no lo es {*il ne l’est pas*}.

Dicho de otro modo, es que en el nivel del mal objeto, el sujeto experimenta, si puedo expresarme así, la servidumbre de su dominio. Es que el amo verdadero — todos sabemos que está más allá de todo rostro, que está en alguna parte en el lenguaje, aunque no pueda incluso estar allí en ninguna parte — el amo verdadero le delega el uso limitado del mal objeto como tal, esto es, a saber: de un objeto que no está situado por relación a la demanda, de un objeto que no se puede demandar. Pues es de ahí, en efecto, que parte todo el alcance de nuestros datos.

Antes, puedo indicarles que lo que se lee de una manera sobresaliente en los casos precisos que nos son presentados por Melanie Klein: es en tanto que es manifiestamente en esta *impasse*, en este campo de lo no-demandable como tal, que encontramos a ese niño tan singularmente inhibido con el que ella se las ve, y que nos presenta en el artículo sobre la «Formación del desarrollo del ego en su relación con la formación del símbolo».

¿Acaso no está claro que lo que ella obtiene, desde que comienza a hablar a este niño, es algo que inmediatamente se cristaliza en una demanda, una demanda pánica: “*nurse coming*”?, “¿va a venir la niñera?”, y que inmediatamente después, en la medida en que el niño va a permitirse retomar contacto con sus objetos, de los que aparece al comienzo, en la experiencia, singularmente separado, es algo que ella nos señala como un hecho sorprendente, decisivo. Puesto que, lo recuerdan ustedes, es en el ejercicio de una suerte de pequeño recorte, de desprendimiento con la ayuda de las tijeras del niño — quien está lejos de ser un torpe, puesto que se sirve de todo tipo de elementos, tales como picaportes... — las tijeras, él no ha podido sostenerlas nunca. Ahí, él las sostiene, y para tratar de desprender, y lo consigue, un trocito de carbón de algo que no carece tampoco de significación, puesto que es un elemento de cadena del tren con el cual se ha logrado

¹⁵ *il l’ait* (él lo tenga) e *il l’est* (él lo es) suenan igual.

hacerlo jugar, notablemente un *tender*¹⁶ — sin querer siquiera extenderme aquí sobre los curiosos juegos y términos que podrían hacerse alrededor de este *tender* — que es también *tender* en inglés¹⁷ ... — no es la *carte du tendre*,¹⁸ sino la *carte du tender* la que, aquí, se ofrece a nosotros — y es en ese pequeño trocito que el niño, en verdad, se aísla, se define, se sitúa él mismo en algo que puede desprender de la cadena significativa; es en ese resto, en ese montoncito minúsculo, en este esbozo de un objeto, que no aparece aquí más que bajo la forma de pequeño trocito, de un muy pequeño trocito, el mismo que provocará de pronto su simpatía (su pánico) como cuando lo vea bajo la forma de virutas de tiza sobre el pecho de Melanie Klein, y, por primera vez, se conmoverá en presencia de este otro exclamando: “Pobre Señora Klein”.¹⁹

El deseo por lo tanto no es la demanda. Esta primera intuición experimentada a todo instante, que nos devuelve a las condiciones originales, no debe frenar la atención. Un sujeto viene a encontrarnos. “¿Por qué esto?” — ¿Qué es lo que demanda/pregunta?²⁰ En principio, satisfacción y bienestar. Salvo que toda satisfacción no entraña para él bienestar, ¡muy lejos de eso! ¿Qué es lo que le respondemos? Al organizar la historia de sujeto — ¡como la historia del análisis, como la historia de la técnica! — en el sentido de algo que debe responder a esta demanda de satisfacción... ¿Por qué vía? — Por una vía que es la siguiente, a saber: intentando responder a la demanda de satisfacción del sujeto por una reducción de sus deseos a sus necesidades.

Ahora bien, ¿no hay ahí una paradoja, mientras que, por otra parte, toda nuestra experiencia podemos decir, se sostiene en esta di-

¹⁶ *tender*: vagón que sigue a la locomotora a vapor y contiene el combustible y el agua necesarios.

¹⁷ *tender*: en inglés, “tierno”, “sensible”, “cariñoso”, etc.

¹⁸ la *carte du tendre*: remite al país, al reino de Tendre, concebido por Mlle. De Scudéry, quien imaginó su *carte* (“mapa”) de, o del, *Tendre* (“Tierno”).

¹⁹ Melanie KLEIN, *op. cit.*, p. 76.

²⁰ Se tendrá presente en lo que sigue que *demander* remite tanto a “pedir” como a “preguntar”.

mención, por otra parte tan evidente para el sujeto como para nosotros? Para nosotros, porque todo lo que hemos articulado va a resumirse en lo que voy a decir; y para el sujeto, porque al fin de cuentas, el sujeto lo sabe muy bien el momento en que viene a encontrarnos.

Me dicen que alguien está haciendo una tesis importante sobre la “significación social del análisis”,²¹ y esto me deja entender que habrá ahí algunos elementos extremadamente ricos de experiencias y extremadamente bien proseguidos. Me atrevo a esperar, pues creo que efectivamente la representación social del análisis está mucho menos distorsionada en el conjunto de la comunidad que lo que uno se imagina, que lo que resultará de ella de la manera más clara es esa cosa que está francamente en la base, en el principio mismo de lo que un sujeto implica ante nosotros por su presencia misma, esto es, ¿qué? Es que en los datos de su demanda hay esto: que él no se fía de su deseo. El factor común ante el cual los sujetos nos abordan es éste: es que él no se fía de su deseo.

Que pueda, a consecuencia de nuestros artificios, comprometerse siguiéndonos en su referencia a la necesidad, en ese deseo, incluso en su sublimación en las vías elevadas del amor, queda *{il reste}*, en el punto de partida, lo que caracteriza al deseo, es que hay *algo que como tal no puede ser demandado*, y a propósito de lo cual es planteada la cuestión, y que es eso lo que es propiamente hablando, *el campo y la dimensión del deseo*.

Ustedes saben, para introducir esta división, esta dialéctica del deseo — lo que he hecho en una fecha muy precisa, a saber, hace ahora dos años y medio — partí ¿de qué? De lo que Freud dijo a propósito del complejo de Edipo en la mujer. ¿Acaso esto, acaso lo que acabo de articular no es legible en el hecho de que, en el nivel de la experiencia analítica, en el nivel de la experiencia inconsciente, acaso no hay lugar allí para desprender esto: qué es lo que la mujer demanda al comienzo, aquello por lo cual, nos dice Freud, ella entra en el Edipo? No es tener una satisfacción, es tener lo que ella no tiene como tal. Se trata, ustedes lo saben, del *falo*.

²¹ S. MOSCOVICI, *La Psychanalyse, son image et son public*, Paris, 1961, P.U.F.

Esto no es otra cosa que la fuente de donde brotan todos los problemas que surgirán para tratar de reducir la dialéctica de la maduración del deseo en las mujeres a algo natural. El hecho es que lleguemos allí o no, a esta reducción, lo que tenemos que superar es un hecho de experiencia, un hecho de experiencia que es éste: es que la niña, en un momento de su desarrollo — después de todo poco nos importa que sea un proceso primario o secundario, es un proceso sobresaliente e irreductible — lo que ella demanda tener, a saber: el *falo*, es tenerlo — en ese momento crítico del desarrollo que Freud destaca — es tenerlo en el lugar donde ella debería tenerlo si ella fuese un hombre. Se trata precisamente de eso, no hay sobre eso ambigüedad. Y todo el proceso de lo que sucede implica que de hecho, aun cuando ella llegara a tenerlo — pues ella está en una posición muy privilegiada, la mujer, por relación al hombre — este *falo*, que es un *significante*, digo bien: *un significante*, ella puede tenerlo realmente. Es incluso lo que constituye su ventaja y la relativa simplicidad de sus problemas afectivos por relación a los del hombre.

Pero esta relativa simplicidad no debe cegarnos, porque este *falo* que ella puede tener, real, no es menos cierto que en razón del punto de partida, a saber: que se introdujo en su dialéctica, en su evolución, como un *significante*, ella lo tendrá siempre en menos en un nivel de su experiencia. — Reservo siempre la posibilidad límite de la unión perfecta con un ser, a saber: de algo que funda completamente, en el abrazo, al ser amado con su órgano. — Pero lo que constituye el test de nuestra experiencia y las dificultades mismas con las cuales nos enfrentamos en el orden sexual, se sitúa precisamente en esto: es que ese momento ideal y, de alguna manera, poético, hasta apocalíptico, de la unión sexual perfecta, no se sitúa más que en el límite, y que aquello con lo cual, de hecho, en el test común de la experiencia, se las ve la mujer, incluso cuando llega a la realización de su feminidad, es con el objeto fálico siempre en tanto que separado. Es incluso porque ella se las ve con él como tal, y bajo este registro, que su acción, su incidencia puede ser percibida por el hombre como “castratoria”.

Por lo demás, esto, desde luego, queda para ella, hasta el análisis, inconsciente, del mismo modo que permanece inconsciente esto: que este *falo* que ella no tiene, ella lo es simbólicamente, en tanto que ella es el objeto del deseo del Otro. Pero, no más lo uno que lo otro, esto ella no lo sabe. Esta posición específica de la mujer vale en tanto

que le es inconsciente, lo que quiere decir en tanto que no vale más que para el otro, para el *partenaire*; queda sin embargo que la fórmula, la fórmula muy singular en la cual se resuelve su relación con el falo, es paradójicamente que en el inconsciente ella lo es, a la vez, y ella lo tiene.

Hay ahí uno de los efectos más singulares de la relación con el discurso; es esta posición particular del lado de la mujer ideal, de la mujer en su mundo fantasmático: en el inconsciente, ella lo es y ella lo tiene, en el mejor de los casos — salvo que ella *no lo sabe*, sino por su deseo. Y por su deseo de esto resulta, ustedes lo verán en la continuación de mi desarrollo, que hay una singular similitud de su fórmula, si podemos expresarnos así, de su fórmula trans-subjetiva, de su fórmula inconsciente, con la del perverso.

Si todo lo que hemos descubierto de la economía inconsciente de la mujer se sostiene en unas *equivalencias simbólicas del falo con todos los objetos que pueden separarse de ella*, comprendido entre estos en primer lugar *el objeto más natural* para separarse de ella, a saber su *producto infantil*, si ahí está lo que ella encuentra para situar en una serie de equivalencias fálicas — no hago más que reproducir aquí el test mismo de la doctrina analítica — vamos a encontrarnos en presencia de esto, que para ella, lo más naturalmente del mundo, los objetos naturales terminan por realizar esta función de objeto del deseo, *en tanto que son objetos de los que uno se separa*. Y es esto lo que nos explica, creo, la menor frecuencia de la perversión en la mujer, esto es que, inscritas en el contexto cultural — no es cuestión que esté en otra parte — sus satisfacciones naturales encuentran naturalmente, si puedo expresarme así, cómo situarse en la dialéctica de la separación como tal, en la dialéctica de los objetos significantes del deseo.

Y esto es lo que algunos autores analistas, son más de uno, han expresado muy claramente, y de una manera que les parecerá sin duda mucho más concreta que lo que yo acabo de decir, diciendo que si hay menos perversiones en las mujeres que en los hombres, es porque ellas satisfacen, en general, sus **relaciones perversas**²² en sus relaciones con sus hijos. Es por esto que, no “vuestra hija es muda”²³, pero es por

²² {*leurs rapports perverses*} / **sus ardores perversos* {*leurs ardeurs perverses*}*

esto que hay algunos niños de los que tenemos, como analistas, que ocuparnos... Recaemos, como ustedes ven, sobre algunas verdades primeras, pero no es inútil recaer en ellas por una vía que sea correcta y clara.

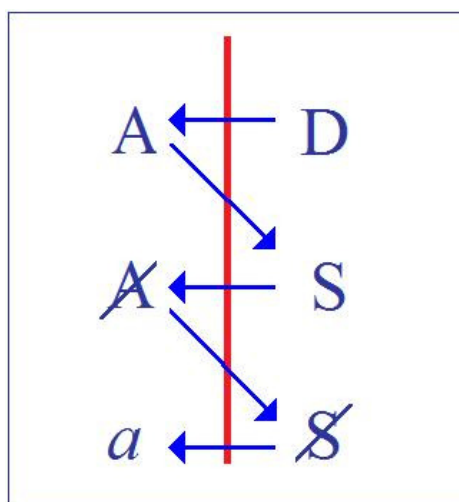
Lo aprovecharé también para indicarles algo, para indicarles algo destinado, al menos para la parte masculina de mi asamblea, a aportar una medida a lo que podría experimentar de asombro, hasta de impaciencia, ante una de las propiedades singulares de sus relaciones con su *partenaire* del otro sexo. Quiero hablar de lo que se llama comúnmente los celos. Como de costumbre, el analista, que ha aportado tanta claridad, aportó desde luego otro tanto de oscuridad. “Ningún progreso — decía Nestroy, tan apreciado por Freud — es la mitad de grande de lo que se imagina”. El problema de los celos, y especialmente de los celos femeninos, ha sido ahogado en el análisis, bajo la forma muy diferente de los celos masculinos. Los celos femeninos, que por unas dimensiones marcadas, dimensiones también distintas, el estilo del amor en uno y otro sexo, es verdaderamente algo que, creo, no puede verdaderamente situarse bien más que en el punto más radical.

Y si ustedes se acuerdan, en mi pequeño gráfico de la demanda, de la relación con el Otro del sujeto, que interroga esta relación y que, si puedo decir, golpea allí al Otro con la decadencia significativa, para aparecer él mismo como decaído en presencia de algo que es, al fin de cuentas, el resto de esa división, algo irreductible, *no demandable*, que es precisamente *el objeto del deseo*,²⁴ es en tanto que para el sujeto, en tanto que se hace objeto de amor, la mujer en este caso, **ve**²⁵ en ese resto algo que en ella es lo más esencial, que ella acuerda tanta importancia a la manifestación del deseo. Pues, en fin, es completamente claro que, en la experiencia, el amor y el deseo son dos cosas diferentes, y que es preciso de todos modos hablar claro y decir que se puede amar mucho a un ser y desear a otro.

²³ cf. MOLIÈRE, *El médico a palos*.

²⁴ En este punto STF incluye el esquema que reproduzco en la página siguiente.

²⁵ **quiere**



Es precisamente en la medida en que la mujer ocupa esta posición particular, y que ella sabe muy bien el valor del deseo, a saber: que más allá de todas las sublimaciones del amor, el deseo tiene una relación con el ser, incluso bajo su forma más limitada, la más acotada, la más fetichista y, para decir todo, la más estúpida, bajo la forma incluso límite donde, en el fantasma, el sujeto se presenta como cegado y donde el sujeto no es literalmente nada más que un soporte y un signo, el signo de ese resto significativo de las relaciones con el Otro, es sin embargo a esto que al fin de cuentas la mujer otorgará el valor de prueba última de que es precisamente a ella que uno se dirige. Amarla, con toda la ternura y la devoción que se puede imaginar, no será menos cierto que si un hombre desea a otra mujer, ella sabe que incluso si lo que el hombre ama es su zapato o el ruedo de su vestido o la pintura que tiene sobre el rostro, es sin embargo de ese lado que el homenaje al ser se produce. Cada tanto es necesario recordar algunas verdades primeras, y es por esto que yo pienso que ustedes me excusarán por el tono quizá un poco extremo que he dado a esta digresión.

Y ahora, veamos a dónde van las cosas, a saber, por relación a esta zona del objeto donde se instaura esta ambigüedad. ¿Y cuál es la función como tal del falo? Ya, la misma no puede no aparecerles como singularmente esbozada por lo que acabo de decirles en lo que concierne al mal objeto interno. Se puede decir que la *metáfora paterna*, como la he llamado, instaura allí, bajo la forma del *falo*, una disociación que es exactamente la que recubre la forma general, como había que esperárselo, que les he dado como siendo la del interdicto {*l'interdit*}, a saber que: o bien *el sujeto no lo es*, o bien *el sujeto no lo*

tiene. Lo que quiere decir que si el sujeto lo es, el falo — y esto se ilustra en seguida bajo esta forma, a saber: como objeto del deseo de su madre — y bien, ¡él no lo tiene!, es decir, que no tiene el derecho de servirse de él, y ahí está el valor fundamental de la ley llamada de prohibición del incesto. Y que, por otra parte, si él lo tiene — es decir que ha realizado la identificación paterna — ¡y bien! hay una cosa segura, es que, ese falo, ¡él no lo es!

He ahí lo que significa, en el nivel, diría, simbólico más radical, la introducción de la dimensión del Edipo. Y todo lo que se elaborará a este respecto volverá siempre a este: “o bien... o bien...” que introduce un orden en el nivel del objeto que no se puede demandar.

El *neurótico* se caracteriza ¿de qué manera? ¡Y bien! el neurótico, desde luego, usa de esta alternancia: es en tanto que él se sitúa plenamente en el nivel del Edipo, en el nivel de la estructuración significativa del Edipo como tal, que la usa, y de una manera que llamaré metonímica, e incluso que llamaré — en tanto que aquí “él no lo es” se presenta como primero por relación a “ella no lo tiene” — una metonimia regresiva. Quiero decir que el neurótico es aquél que utiliza la alternativa fundamental bajo esta forma metonímica en cuanto que, para él, “no tenerlo” es la forma bajo la cual él se afirma, y de manera enmascarada, “serlo” — entiendo: el falo. El “no tiene” el falo para “serlo” de manera oculta, inconsciente. Y para no “tenerlo” a fin de “serlo” — es el “para ser” un poco enigmático sobre el cual había terminado, creo, nuestro último encuentro — “es un otro quien lo tiene”, mientras que, él, “lo es” de manera inconsciente. Observen bien esto: es que el fondo de la neurosis está constituido en esto: es que en su función de deseante, el sujeto toma un sustituto.

Tomen al obsesivo, y consideren efectivamente lo que sucede al término de sus complicados caminos: no es él quien goza. Lo mismo que para la histérica, no es de ella de lo que se goza. La sustitución imaginaria de la que se trata es precisamente la sustitución del sujeto en el nivel donde yo les enseñé aquí a situarlo, es decir del $\$$, es la sustitución de su *yo* {*moi*} como tal a ese sujeto $\$$, en lo concerniente al deseo del que se trata. Es en tanto que él sustituye su *yo* al sujeto, que introduce la demanda en la cuestión del deseo. Es porque alguien, que no es él, sino su imagen, se sustituye a él en la dialéctica del deseo, que al fin de cuentas él no puede demandar — como la experien-

cia lo hace constatar todo el tiempo — más que sustitutos. Lo que hay de característico en la experiencia del neurótico, y lo que aflora en su propio sentimiento, es que todo lo que él demanda, lo demanda para otra cosa. Y la continuación de esta escena, por donde lo imaginario en suma, ustedes lo ven, viene aquí a jugar ese papel en lo que he llamado la metonimia regresiva del neurótico, tiene otra consecuencia, pues en este domino no puede ser detenido: el sujeto es sustituido a sí mismo en el nivel de su deseo, no puede demandar más que sustitutos creyendo demandar lo que desea.

Y, más lejos todavía, es de experiencia que en razón de la forma misma de la que se trata, es decir del *yo* en tanto que es el reflejo de un reflejo, y la forma del otro, él se sustituye también a aquel del cual él demanda. Pues es completamente claro que en ninguna parte más que en el neurótico, ese *yo* separado viene a tomar fácilmente el lugar de ese objeto separado que les designo como siendo la forma original del objeto del deseo. El altruismo del neurótico, contrariamente a lo que se dice, es permanente. Y nada es una vía más común de las satisfacciones que busca que lo que podemos llamar “consagrarse a satisfacer” entonces tanto como pueda, en el otro, todas las demandas, de las que él sabe bien sin embargo que ellas constituyen en él un perpetuo fracaso del deseo, o, en otros términos, cegarse en su abnegación por el otro, sobre su propia insatisfacción.

No son éstas, creo, cosas que sean comprensibles por fuera de la perspectiva que trato de articular aquí para ustedes. Esto es, a saber, al fin de cuentas, que la fórmula ($\$ \diamond a$) para el neurótico se transforma en algo — si ustedes quieren, bajo reserva y sumariamente — de la identificación de su ser inconsciente. Y es por eso que le daremos el mismo signo que al “S barrado”, $\$$, a saber: “falo barrado”. A saber: que en presencia de un objeto, es la forma más general de un objeto del deseo, que no es otra más que este otro en tanto que allí se sitúa y allí se reencuentra: $\Phi \diamond i(a)$.²⁶

Nos es preciso ahora pasar a la perversión.

²⁶ En esta fórmula, debe trazarse una / sobre Φ .

¡Y bien, es tarde! Remitiré por lo tanto a la próxima vez la continuación de este discurso. Si no puedo hacerlo avanzar más rápido, no vean ustedes en ello otro efecto que de la dificultad en la cual tenemos que progresar.

**establecimiento del texto,
traducción y notas:
RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE**

**para circulación interna
de la
ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES**

9-02-11

FUENTES PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESTA 25ª SESIÓN DEL SEMINARIO

- **JL** — Jacques LACAN, *Le désir et son interprétation*, Séminaire 1958-1959. Lo que Lacan hablaba era recogido por una taquígrafa, luego decodificado y dactilografiado, y el texto volvía a Lacan, quien a veces lo revisaba y corregía. De dicho texto se hacían copias en papel carbónico y luego fotocopias. La versión dactilografiada que utilizamos como fuente para esta *Versión Crítica* se encuentra en la Biblioteca de la Escuela Freudiana de Buenos Aires con el código: C-255/1 y en <http://www.ecole-lacanienne.net/index.php3>, página web de *l'école lacanienne de psychanalyse*. Se trata de una fuente de muy mala calidad (fotocopia borrosa, sobreenotada, etc.).
- **GAO** — Jacques LACAN, Séminaire VI – *Le désir et son interprétation*, version rue CB (version du secrétariat de J Lacan déposée à Copy86, 86 rue Claude Bernard 75005), en <http://gaogoa.free.fr/Seminaire.htm>
- **AFI** — Jacques LACAN, *Le désir et son interprétation*, Séminaire 1958-1959, Publication hors commerce. Document interne à l'Association freudienne internationale et destinée à ses membres, Paris, Juillet 1996.
- **STF** — Jacques LACAN, *Le désir et son interprétation*, 1958-1959. Esta versión tuvo como fuentes principales las denominadas **JL**, **GAO** y tres fascículos en el formato “tesis universitaria”; en <http://staferla.free.fr/>
- **JBP** — Jacques LACAN, *Le désir et son interprétation*, compte rendu de Jean-Bertrand PONTALIS de las lecciones del 12, 19, 26 de noviembre, 3, 10, 17 de diciembre de 1958, 7 de enero de 1959, publicado en el *Bulletin de Psychologie*, tome XIII/5, n° 171, 5 janvier 1960, pp. 263-72 y tome XIII/6, n° 172, 20 janvier 1960, pp.329-35, Groupe d'Études de Psychologie de l'Université de Paris. Este texto se encuentra también como Annexe VI de la versión de Michel Roussan de: Jacques LACAN, *L'identification*, séminaire IX, 1961-1962.
- **NV** — Jacques LACAN, *El deseo y su interpretación*, Transcripción de J. B. Pontalis, traducción de Oscar Masotta, en Jacques LACAN, *Las formaciones del inconsciente*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1976, pp. 125-173.